



Retazos de la historia nancagüina





Publicación a cargo de:

**Ilustre Municipalidad de Nancagua.
Secretaría Regional Ministerial del Ministerio de las Culturas,
las Artes y el Patrimonio, Región de O'Higgins.**

Investigación y texto

Carla Lizama

Diseño y diagramación

Cristián Marambio

Fotografías

Alejandro Lizama

Javiera Musso

Natalia Morales

Edición

Gabriela Flores

Producción

Natalia Morales

Santiago de Chile

500 ejemplares

Noviembre del 2020

Impreso en Imprenta Maval SpA

Retazos de la historia nancagüina

Contenido

Introducción	/ 04 - 05
<i>Historias de nancagüinos</i>	
Gabriel "Tuco" Piña Salinas	/ 06 -09
Blanca Catalán González	/ 10 - 13
Crescente Severino Moya	/ 14 - 17
Ema Soto Soto	/ 20 - 23
Fresia Rencoret Muñoz	/ 24 - 27
Luis Sánchez Stuardo	/ 28 - 29
Hilda Román	/ 30 - 33
María Teresa Ruz	/ 34 - 37
<i>Tradiciones y sectores de Nancagua</i>	
Nancagua Centro	/ 40 - 45
Encuentro Social	/ 46 - 53
Puquillay	/ 54 - 59
Yáquil	/ 60 - 63
Callejones	/ 64 - 65
Clubes Deportivos	/ 66 - 69
Bibliografía	/ 70

Introducción

La ciudad de Nancagua se ubica en el camino que une San Fernando y el concurrido balneario de Pichilemu, en la Región de O'Higgins, y cuyo inicio como comuna data del año 1891, cuando el entonces presidente Jorge Montt aprueba su creación (Villagra, 1991).


En mapudungún, Nancagua significa "tierra de perdición" o "salto del agua". Posiblemente, esta última acepción ha sido la razón por la cual el sector ha sido descrito en la bibliografía referente al valle central de Chile destacando su riqueza natural:

"La fertilidad de sus tierras rodeadas por el Tinguiririca y el Chimbarongo, su situación geográfica y estratégica en medio de este valle cerrado al oriente por los cerros de San Fernando, llamaron la atención de las

numerosas tribus chilenas en la invasión dirigida por los incas peruanos" (Iturriaga & Pérez, 1956, pág. 11).

Estas breves líneas, a pesar de ser útiles para localizar el lugar que se describe en las siguientes páginas, no alcanzan a abordar la riqueza identitaria y la magnitud de la historia local de la comunidad.

Precisamente, este es el objetivo del libro que tiene en sus manos: recoger testimonios de habitantes de Nancagua, desde los cuales proponer hitos de interés en la historia reciente del sector y relatar, a través de sus voces, la gran diversidad de antecedentes que configuran aquella parte de la realidad que hasta hoy no se encontraba en los textos.



En las siguientes páginas, a través de los relatos de Gabriel, Blanca, Crescente, Ema, Fresia, Luis, Hilda y María Teresa, conoceremos historias de esfuerzo de personas ligadas profundamente al trabajo de la tierra, quienes tienen un vínculo con la agricultura como motor de la historia reciente. Se ha puesto el énfasis en que todas ellas, en su contexto particular, son protagonistas del Nancagua de ayer y de hoy, es decir, son constitutivas del pasado y el presente de la comuna.

Estos relatos y anécdotas permiten describir los sectores de la ciudad:

Nancagua urbano, Puquillay (Alto y Bajo), Yáquil, Callejones, Cunaco y San Gregorio. Son descripciones que tienen

mucho de emoción y nostalgia, lo cual permite adentrarnos y comprender mejor las características de la vida ligada al campo, la construcción del comercio, la importancia de los clubes deportivos y los quehaceres de las personas en la ciudad.

El libro que tiene en sus manos, llamado "Retazos de la historia nancagüina", no tiene más ambición que ésta, que no es cosa poca: Entregar un registro escrito de la historia de las y los nancagüinos sencillos, hombres y mujeres que han habitado este lugar durante toda su vida y que son historia viva de sus pueblos.



Gabriel “Tuco” Piña Salinas

93 años Nancagua Centro

A sus 93 años, Gabriel aún trabaja en su negocio de repuestos de autos en el centro de Nancagua. Ha pasado toda su vida en la comuna, de hecho, tiene nítidos sus primeros recuerdos del lugar:

“(...) de antes que pavimentaran Nancagua, imagínate... estas casas eran de mis abuelos; todavía no pagaban esa cuando yo me acuerdo, que la estaban haciendo; si esta es toda de esos muros de adobe del antiguo, ¿ve?”

Aunque no era lo común en la época, sino más bien una excepción, durante su niñez asistió a la escuela, aunque “un poco a medias”, tal como comenta, pues recuerda que escaparse y no ir a clases era lo que más le gustaba. Sin embargo, y como testimonio de la aplicación de castigos normalizados en ese entonces, cuenta que cada vez que lo pillaban venían los castigos físicos.

“No, si no iba a la escuela mi papá, mi mamá me pegaban. Pegaban de correa, con correa de corrión. Mi papá tenía un rulenque así, así tan largo, con cuatro ramas así. Me dejaban las piernas... y antes se usaba el pantalón corto... cuidadito como me dejaban las piernas”.

Entre risa y susto, recuerda que para el terremoto, con epicentro en Chillán en el 29', estaba en el último piso y jugando en una ventana de la escuela de hombres. Tal fue el remezón, que logró botarlo hacia atrás, cayendo, por suerte, sobre un banco cercano, en una peligrosa hazaña que pudo haberle costado la vida.

Don Gabriel fue panadero en la hoy extinta panadería de Timoteo Escandón, donde las labores eran duras, comenta, en una jornada nocturna entre las 01:00 de la madrugada y las 08:00 de la mañana. Al terminar, solía ocupar en otro trabajo durante el día, generalmente se trataba de algún pituto para el mismo patrón.

“ahí faltaba la luz, porque se trabaja con puros chonchones, o gasómetros, que llaman, van por tubos, y ahí a que se le terminara el carburo, había que ir a ponerle carburo, los hornos trabajaban así también po'. La luz no, la luz del dinamo servía para la pura máquina no más po', para la sobadora y la revolvedora, y a la revolvedora había que echarle un saco no más. ¿Y sabe cuántos sacos hacíamos en la noche? Veinte sacos”.

Hasta el día de hoy, este nancagüino dedica parte importante de su tiempo y esfuerzo al fútbol, más específicamente al Club Deportivo Magallanes, equipo del que fue dirigente y también jugador.



“Del Magallanes, he sido siempre del Magallanes yo. O sea, de niño yo fui entusiasta de jugar, porque toda la familia ha sido buena pa’ jugar. Yo tengo uno, dos, tíos profesionales, dos, tres. Y gracias a eso están en el puesto que están ahora”.

Entre sus grandes dolores, está la separación de su familia producida por diferentes motivos. De manera nostálgica nos comparte que hoy sólo uno de sus hijos pasa día a día por su negocio para visitarlo, saber cómo está y acompañarle la vida.



*Club Deportivo Magallanes
sale en la foto Lizandro Piña y Gabriel Piña. 1945.*



Blanca *Catalán González*

68 años Sector Yáquil

A pesar de no haber nacido en Nancagua, Blanca Catalán ha dedicado parte de su tiempo y energías a participar de distintas organizaciones de la comuna, aportando así al desarrollo de la vida comunitaria en la ciudad. En este camino, se ha desempeñado en directivas de clubes de adultos mayores, ha sido parte de juntas de vecinos y organizaciones de mujeres, y en la actualidad integra la Unión Comunal de Adultos Mayores (UCAM).

Siendo niña, su padre decidió emigrar desde Peralillo en búsqueda de nuevas oportunidades de trabajo, razón por la cual llegan a las cercanías de Lo Moscoso, un lugar que la sorprendió gratamente.



Primera comunión Yasna y Paula (hijas)

“

(...) nos vinimos en dos tractores y la carreta de mi papá tirada por bueyes, de esa manera llegamos acá. Se demoró un día en llegar acá la mudanza, llegamos de noche. Cuando al otro día vimos el lugar donde estaba la nueva casa, era un lugar maravilloso, rodeado de cerros”.

Ella y sus trece hermanos vivieron una infancia dura. De hecho, Blanca asistió a la escuela sólo hasta los 12 años, debido a la repentina muerte de su padre en un accidente de tránsito, razón por la que debió comenzar a trabajar a temprana





edad. En esas primeras jornadas de trabajo, siendo aún solo una niña, ejerció labores, principalmente, de ayudante de tareas domésticas, primero en Nancagua y posteriormente en Santiago.

Al pasar los años regresa a la comuna convertida en una mujer. Por ese entonces conoce a quien se transformó en su marido y con quien tiene 4 hijos, sin embargo, la pareja debe pasar por el gran dolor de perder a una de sus hijas que fallece al nacer. Con todo, la familia se establece y construye su casa en el sector de Yáquil, donde tejen amistades y otros círculos cercanos.



Sin embargo, la vida le interpone otra gran pena, pues debe enfrentar la muerte de otra de sus hijas. Esta vez se trata de la mayor, quien a los 13 años de edad fallece producto de una grave enfermedad. Esta situación hace que Blanca demuestre una gran fortaleza, pudiendo continuar con su vida a pesar de la gran tristeza.

Quizás como un refugio, esta fuerte mujer buscó la compañía de otros y otras para construir en comunidad. Es así como vuelca, definitivamente, sus energías hacia el trabajo comunitario, y forma en 2003 el club de adultos mayores de Yáquil, llamado Bienestar La Gloria. Esta y otras incipientes agrupaciones, forman luego la UCAM, de la cual Blanca es parte desde sus inicios.



*Madre de Blanca,
Rosalinda González*



Crescente

Severino Moya

88 años Sector Callejones

A orillas del río Tinguiririca vive Don Crescente, hijo de Susana Moya e Ignacio Severino, quien fue toda su vida empleado de fundo en la zona,

“

(...) andaba a de a caballo, vigilando la gente, los trabajadores, mandando los trabajadores, ‘usted va a ir a tal parte a hacer el trabajo’, y ahí él tenía que andarlos vigilando. En eso trabajaba mi papá”.



Su madre dueña de casa enviudó tempranamente, de hecho, don Crescente tenía sólo cinco años cuando, junto a sus seis hermanos, debieron sufrir la muerte del padre. Frente a esto, la señora Susana debió buscar en qué trabajar para mantener a sus hijos, por lo que comenzó a coser, lavar ropa a la gente con mejor situación y hacer aseo en las casas. Varios de los siete hermanos debieron comenzar a trabajar siendo aún niños, en su caso, a los 12 años ya cumplía tareas en los fundos.

“Donde había trabajito, ahí nos íbamos a trabajar pa’ ganarnos el pancito del día: Limpiando trigo, con una palita chica, así, limpiando trigo; Pajareando, en el tiempo

pajareando, o corriendo los pájaros cuando se sembraba el trigo, corriendo los pájaros pa’ que no llegaran a comérselos. Después salía la maleza, arrancándola, así a mano. Arrancando la maleza y limpiando el trigo. Pagaban 2 pesos 50, 2 pesos 50. Y todo hermano mío que era más chico que mí, le pagaban 2 pesos, y estábamos más contentos, era mucha plata”.

Crescente llegó al sector de Callejones en el año 1958, luego de entregar parte de su vida al trabajo en el fundo, le ofrecen casa y traslado a ese lugar. Como relata, al llegar “había pocas casas” y los caminos eran de tierra, lo que originaba grandes barriales en los meses de invierno.

A su llegada, se dedicó a la labor de cuidar el canal, tiempos en que él y su esposa, Elvira Pérez, tenían 3 hijos. Sería en este nuevo hogar donde completaron nada menos que 13 hijos. Así lo relata entre risas:

“Montón de hijos, no había en que entretenerse en ese tiempo po’, porque no había luz, no había agua potable, no había en qué entretenerse, en ni una cosa”.

La cantidad de hijos que tuvieron hizo que Elvira se dedicara de manera exclusiva a la crianza, con lo duro que era en esos tiempos alimentar, educar y hacer las diversas tareas del hogar. Así lo recuerda el esposo

“Antes no había lavadoras pa’ lavar, a pura mano no más, y vamos con la mano y escobillando. Pa’ tanta familia, tenía que pasar todos los días pagada en el artesa po”

La mayoría de los y las hijas aún viven en Nancagua, en Callejones y en otros sectores de la comuna. Dado que, como él mismo comenta, le “quedaba tiempo”, comenzó a realizar trabajos adicionales para mantener a sus hijos. Juntó el dinero necesario y se compró un carretón que utilizó para el traslado de ripio: “yo ganaba mis pesitos pa poder mantener mi familia, si pa’ tanta familia el sueldo no me alcanzaba”. Un trabajo esforzado que enseñó también a los varones, pues como vivían cerca del río enseñó a sus hijos a sacar y clasificar el ripio para la venta, faena que se realizaba a mano, con pala y picota. Una costumbre o un sino, Crescente vuelve siempre al agua, a la vigilancia del canal, a la faena del ripio con los pies en el río, al riego del trigo que lo hace rememorar los tiempos en que comenzó a trabajar a su corta edad.









Ema Soto Soto

96 años Sector Puquillay Bajo

Es imposible saber con exactitud cuántos niños y niñas –quienes hoy son mujeres y hombres adultos- conocieron a Ema Soto y su mano en la cocina. Ema es reconocida en su localidad por haberse desempeñado durante 50 años como cocinera del establecimiento educacional público del sector, la Escuela Puquillay.

Como otras, su historia habla de la rudeza de la vida de la gente de campo. Su infancia transcurre, primero, en el Fundo de El Cardal y, luego, en otro llamado La Cardina, en los cuales desde pequeña se ocupó en diversas tareas. Con un padre ausente, fue su madre quien sacó a los hermanos adelante; a Ema y los demás les tocó comenzar a trabajar a corta edad: tan sólo 8 años tenía cuando incursionó en el cuidado animal.



“

(...) en unos potreros los cuidábamos, porque tenían chanchería, le cuidábamos nosotros los chanchos, y mi mamá trabajaba adentro, en las casas, y mi hermano también, el mayor... y por ahí nos ganábamos la vida”.

Tenía ya 14 años cuando se cambiaron al fundo La Cardina, donde realizaba labores en las viñas.

“Ahí amarraba las viñas, que es casi lo mismo que se hace ahora. Le ayudaba, ayudaba más que trabajaba, limpiando la viña, desbrotando, todas esas cosas, cortando uva, todo eso”.

Al contraer matrimonio, deja las tareas del fundo y prontamente consigue trabajo en la Escuela Puquillay, lugar que recuerda llegado a atender más de 300 estudiantes, sobre todo en los primeros años. Durante todo el tiempo que trabajó allí, desarrolló las labores sola, sin ayuda alguna.

“(…) yo trabajaba sola en la cocina, con esos 300 niños: Había que pelar papas, había que picar, y hasta el día domingo yo tenía que venir, cuando me tocaba comida el día lunes, venía el día domingo a pelar papas y las chiquillas mías me iban a ayudar -que eran dos- pa’ poder dejar listo pal’ otro día, porque cómo iba a hacer tanto”.

Los primeros años en la escuela, hacía el fuego en el suelo y sobre él ponía los fondos para preparar la comida a niños y niñas. Para cumplir con esa importante labor, cada estudiante llegaba con un palo de leña para hacer el almuerzo. Con el pasar de los años la cocina fue creciendo y pudo acondicionarse mejor a las necesidades, sin embargo, Ema guarda en su memoria los crudos inicios. Otro de los recuerdos que conserva son los postres que preparaba, y ahora con cariño ese sabor que no ha vuelto a probar.



“(…) daban esa polenta, ¿se acuerda? Esa polenta, que se hacía postres de polenta, comida con polenta. Me acuerdo que el postre que hacíamos era una bandeja tremenda, era cocida con azúcar, le echábamos canela y encima se hacía un batido de huevo, estos con clarita de huevo, un merengue, y le echábamos por encima”.

La jornada laboral comenzaba temprano y era incesante. A las siete de la mañana ya estaba en su puesto de trabajo para, a las ocho justas, dar el desayuno a los escolares, el que solía ser te o café con leche. Al ingresar a clases, Ema podía comenzar a lavar los trastes sucios y preparar el almuerzo que, a eso del mediodía, ya tenía en servido en sus bandejas, con plato de fondo y postre. Inmediatamente terminado el almuerzo, nuevamente a lavar lo utilizado, para luego, esta vez, continuar con la preparación de la once o merienda de las 16 horas, que nuevamente era leche. Pese a que casi no había descanso, la cocinera usaba los escasos minutos libres para adelantar los alimentos del día siguiente.

Pese a este pesado ritmo de trabajo, la señora Ema trabajó en la cocina de la escuela hasta sus 75 años, muy posterior a la edad de jubilación (60), y lo hizo porque uno de sus hermanos –según señala, el hermano que la crió, es decir, un padre– enfermó gravemente y ella, frente a la ausencia de otra persona, debió dedicarse a cuidarlo.

“La Tía de la comida”, como es reconocida en las calles de Puquillay, es reconocida por su esfuerzo y dedicación. Por esta razón, continúa recibiendo el cariño y respeto de quienes la conocen desde que eran niños.



Matrimonio Rencoret Sánchez
Sector Puquillay Alto

Fresia
Rencoret Muñoz
71 años Sector Puquillay Alto

Fresia siempre ha vivido en Puquillay. Sus padres eran dueños de un pequeño fundo del sector, por lo su familia siempre estuvo vinculada al trabajo agrícola, que comenzaron a desarrollar en terrenos que –según le contaron sus padres- eran extensiones de tierra llenas de zarzamora y donde ya existía la casa en que habitaron. Al llegar al sector, su padre desmalezó y comenzó a montar el espacio para el cuidado de animales, el forraje y otros.

Su madre era dueña de casa, aunque dentro de esas labores domésticas también estaba el ocuparse de la alimentación de buena parte de los trabajadores, y a diario preparaba comidas para muchas más personas que los integrantes de la familia.



Casa Fresia Rencoret

Recuerda su infancia con un cariño nostálgico: “Buena, ni aparente a las infancias que tienen los niños ahora. Yo no cambio el tiempo de antes a lo de ahora. Aunque no teníamos agua potable, aunque no hubiese tele... bueno, a los cinco años, me acuerdo yo, que se puso la luz eléctrica, yo tenía cinco años. Pero era más entretenido antes, y más sana la gente antes y los niños también. Jugábamos a la escondida, a las bolitas, porque yo jugaba a las bolitas y mi mamá no sabía, sí, a escondida (ríe)... por eso que era mucho mejor antes que ahora”.

Luego de casarse, Fresia se dedicó al cuidado de sus hijos y, a la par, tuvo la posibilidad de tomar algunos talleres, entre ellos, uno sobre cuidados de enfermería. Ese conocimiento la convirtió -hasta el día de hoy- en una especie

de “médica consejera” de la comunidad, tal como describe su esposo Luis Sánchez:

“

(...) mucha gente viene acá a ponerse inyecciones, ya, y confían plenamente en ella. O alguien tiene un dolor de estómago, de guata, y recurren aquí, ¿qué tomo?... ella es como la enfermera”.

Otro oficio que Fresia pudo aprender fue la peluquería, por lo que –además de los consejos y cuidados de salud a sus vecinos- se dedica también al cuidado capilar, dos cosas que no sólo la han hecho conocida en el sector, sino que le han permitido tejer profundos vínculos con las personas.

Nunca abandonó la casa familiar, a excepción de los breves años en que, luego de ser la añosa morada fuertemente afectada por el terremoto de 2010, Fresia y su familia fueron beneficiados con una vivienda de emergencia

que se emplazó en el mismo terreno. Tristemente, esa solución habitacional no resistió las inclemencias de la naturaleza, obligando a la familia a ocupar las habitaciones en buen estado de la histórica casa.

A nuestra llegada a la entrevista, en el patio delantero nos recibe un cuidado jardín, lleno de flores diversas, seguramente, algunas de ellas se mantienen desde sus antecesores.



Padres Fresia Rencoret



Luis Sánchez

Stuardo

74 años Sector Puquillay Alto

En la memoria de don Luis se quedaron grabadas las primeras imágenes de Puquillay, esas que lo maravillaron y lo hicieron quedarse, luego de llegar de un paraje muy distinto, el campamento minero de Sewell, también en la Región de O'Higgins.

Recuerda que llegó en el año 1966 y que, prontamente, comenzó a hacer clases en la escuela pública de la localidad. Así, gran parte de su vida laboral estuvo dedicada a la educación, pues al jubilar decidió dedicarse de manera doméstica a la agricultura, para aumentar el ingreso familiar. Contrajo matrimonio con Fresia a los tres años de haber llegado al sector, cuando él tenía 22 y ella 17. No solo se había enamorado de su esposa, sino también del lugar.

“(..) es bonito Puquillay, es un sector muy, cómo se llama, llamativo, como dije antes, por los cerros. Yo pienso que eso es lo más llamativo, la antena, la gente de repente sube el cerro a ver la antena, es cansador sí”.

En la actualidad, Luis Sánchez es presidente de la junta de vecinos del sector y entre sus anhelos está la idea de realizar trabajo vinculado a la escuela, a la que reconoce como un importante motor de la comunidad. Durante el 2019, la pareja celebró sus bodas de oro, al cumplir 50 años de casados.



Hilda Román

93 años Nancagua Urbano

Desde un comienzo nos damos cuenta que Hilda es una persona de carácter fuerte, de hecho, tiene sus resquemores para dar su testimonio, sin embargo, a poco andar comienza a comentarnos una rica cantidad de detalles. Es hija de Samuel Román y Raquel Correa, matrimonio de comerciantes que atendía la única farmacia del pueblo, ubicada en pleno centro. Gracias a ese comercio, su familia pudo reunir dinero y adquirir terrenos que le permitieron diversificar su área de ventas.

Estudió en un colegio de religiosas alemanas, donde permaneció como interna durante 14 años. Sólo una vez al mes su padre -de los pocos que tenían automóvil en ese tiempo- iba a buscarla para pasar el fin de semana en casa, donde –según cuenta- era “la regalona de la mamá, del papá y de todos”.



Al terminar sus estudios, Hilda se dedicó a atender la farmacia familiar, además de cuidar a su padre, que había sufrido un derrame cerebral. Por estos motivos, aunque también por decisión propia, Hilda nunca contrajo matrimonio, y recuerda, al hablar del tema, lo sobreprotector que era su padre, quien no permitía que los hombres se le acercaran.

“

“me los corría mi padre, les decía que no me molestaran... era muy delicada, porque yo era alérgica, me enronchaba, por cualquier cosa. me enronchaba. Y me cuidaban po', sobre todo de mis hermanos, pobre de ellos que me hicieran algo, porque los castigaba, 'a las niñas no se les hace nada'... porque algunas veces peleaban conmigo, lógico, eran hombres, 'y la regalona del papi', me decían, y yo me enojaba y me ponía a llorar”.

Hoy vive acompañada por su empleada doméstica, quien es también su gran amiga María Inés Bravo. Ambas viven en la misma casa donde estaba la farmacia y que hoy arrienda para otros locales comerciales, donde nos entregó sus recuerdos cargados de nostalgia, lugar bellamente coronado por un gran patio de luz con las más lindas flores y rodeado de corredores coloniales.



María Teresa Ruz

72 años Nancagua Urbano

La señora María siempre ha vivido en Nancagua, razón por la que sus recuerdos tienen relación con la tierra, las zarzamoras y acequias que corrían por los más diversos lugares, además de las vacas que habitaban en las cercanías de su casa, la misma que sigue siendo hasta el día de hoy su domicilio.

Es parte de una familia de 6 hermanos, y perdió a su madre cuando apenas tenía 11 años. Pese a ese gran dolor, recuerda con nostalgia su vida de niña: el potrero y las siembras, que eran el escenario de los juegos infantiles.



“(..) mi vida fue como jugar allá en el potrero, allá jugábamos a la pelota, todos, todos los del patio. Hacíamos pelotas con lana y ahí nos íbamos a jugar, sí. En esta calle, como no pasaban vehículos, ahí jugábamos, y había una acequia... Esto era lo más importante para nosotros, ”.

Desde siempre, su vida laboral ha estado dedicada al trabajo de empleada de casas particulares, por lo que siente que ha sido un poco madre de diversas familias, tal como nos relata. Recuerda con cariño a las niñas de Alfonso Sweet -hoy parte de la Cámara de Comercio- a quienes cuidaba cuando llegaban a la zona a veranear.

“(..) yo les cocinaba y después me dedicaba (a ellas), porque no me dejaban tranquila po’, tenía que ir a bañarme a la piscina con ellos, en una piscina redonda que tenían ellos, me tiraban al agua, sí... lo pasé bien con esas niñitas, sí”.

La labor de atender niños le permitió aportar en el sustento de su hogar, y en la actualidad no la ha abandonado del todo, pues en las tardes cuida a sus nietos, pequeños deportistas que juegan por el Club Deportivo Antártida, otro de los grandes amores de María, del cual es hinchada desde siempre.





Tradiciones y Sectores de Nancagua

Puquillay Alto y Puquillay Bajo, Yáquil, Callejones, Cunaco, San Gregorio y Nancagua Centro son los sectores de la comuna de Nancagua en que transcurren las historias de infancia y juventud, historias de familia y de esfuerzo, donde se desarrollaron las vidas de las personas entrevistadas. Para poner en valor estos lugares, sus calles y personajes, hablaremos de ellos a través de los recuerdos de las y los nancagüinos consultados.

Nancagua Centro

El sector de Nancagua Centro es la carta de presentación de la ciudad, el cual concentra el comercio y algunos servicios públicos, por cual es un lugar de reunión de la comunidad. Allí se encuentran el municipio, la iglesia, el teatro y la casa de la cultura, un parque y el estadio, además de establecimientos educacionales.

Sin embargo, hay otra característica que resulta ineludible en medio de dicho paisaje: la gran cantidad de naranjos que adornan sus calles. Esa peculiaridad sencilla ha dotado a la ciudad de diversas historias en torno al por qué de esos árboles, esbozándose diversas teorías se intentan despejar en la conversación con Hilda Román:

“A mi padre, una vez, un amigo lo invitó a un matrimonio a San Javier, al sur. Y allá, el pueblo de San Javier,

las calles eran con naranjos, y a mi papá, que era regidor, le gustaron los naranjos, entonces, le vino a preguntar al alcalde si quería que le regalara pal pueblo naranjos: ‘yo se los regalo, los compro y se los regalo, voy a donde hay’... y así fue po’, y ahí todavía quedan los naranjos”.

Según este relato, habría sido don Samuel Román, el farmacéutico y comerciante, quien donó estos árboles que –a saber- tienen una particularidad: son nada más que decorativos, pues la belleza de los frutos no tiene nada que ver con lo amargo de su sabor. Entre risas, Hilda cuenta que esto no fue una mala casualidad, sino una decisión de su padre por evitar que alguien los pudiera robar. Hoy todos conocen el misterio, y los frutos se mantienen ahí, embelleciendo las aceras.

Pero, sin duda, el sector ha cambiado, y los recuerdos del pasado de la ciudad tienen un componente nostálgico que evoca la gran cantidad de árboles, las plantaciones, los animales que circulaban por lo que hoy se conoce como centro. Y, por supuesto, no faltaban las instancias de

y vendía votos para que resultara vencedora; se preparaban, además, carros alegóricos para el pasacalle común y se finalizaba con una fiesta en que el municipio premiaba al barrio ganador. Al respecto, Hilda Román cuenta una anécdota vinculada a la sobreprotección que tenía su padre con ella:

“

“Hacíamos una ramada en la cancha, así que ahí lo pasábamos bien. Jugaban a la rayuela, se tiraban a andar en sacos, a qué más jugábamos, a las naciones jugamos un grupo, otros grupos jugaban a la rayuela. Así nos entreteníamos nosotros, porque no había otra cosa en que entretenerse, no había tele, no había luz”.

esparcimiento común en las que se hacía “vida de pueblo”, por ejemplo, celebraciones de fiestas patrias comunitarias, como comenta María Teresa Ruz:

De todas las celebraciones, la más recordada es la Fiesta de la Primavera, que funcionaba como un motivo de organización barrial en torno a un objetivo común. En esta instancia, cada barrio se organizaba y presentaba una candidata a reina



“A mí, sin permiso de mi padre, me pusieron a candidata a reina, y cuando mi padre supo se enojó, ‘bórreme a mi hija, no está pal leseo, así que retíreme a mi hija, no quiero ninguna cosa’. Era bien orgulloso mi padre. Me retiró al tiro... y hacían fiestas bonitas, pero nunca quiso que yo fuera candidata, no”.

Tradicionalmente, la Fiesta de la Primavera se llevó a cabo por los habitantes de los barrios, sin embargo, con el correr de los años comienzan poco a poco a tomar protagonismo los clubes deportivos,

asentados también en los barrios, cuyos integrantes proyectarán sus rivalidades en la misma celebración. De hecho, es reconocido por los habitantes del sector que las candidatas del Club Antártida y el Club Magallanes salieron ganadoras en las últimas versiones de la celebración.

Cuentan los pobladores de Nancagua, que la festividad se terminó de forma abrupta y por razones de fuerza mayor. Un accidente, que terminó con una persona muerta y varios heridos, a



Av. A. Jaramillo. Naranjos de Nancagua

causa del volcamiento de un camión utilizado como carro alegórico, llevó a los vecinos a retroceder en su ánimo de festejo, hasta que la fiesta terminó por quedar únicamente como un recuerdo.

En las distintas conversaciones, se expresa una mirada común sobre el qué es ser nancagüino o nancagüina para los habitantes comunes y corrientes, visiones que configuran un sujeto con un potente con un vínculo el sistema de trabajo en la tierra.

“Este pueblo es el pueblo, yo pienso, donde más la gente trabaja. Porque es rara la casa que no haya una dueña de casa que no esté trabajando: ahora están en plena cosecha de las cerezas y los arándanos; ya después viene el trabajo de parrones, de la uva de importaciones, después vienen los packing. Y después, ya al final de la cosecha, vienen después, en mayo, vienen las podas. Y se empieza de nuevo los trabajos en el campo. Yo lo digo porque yo fui jefa muchos años, fui jefa 30 años de un grupo de señoras de la temporada” (María Inés Bravo, 78 años, Nancagua Centro)

Las características de este sistema de trabajo definen al trabajador de la comuna, y describen, al mismo tiempo, una historia de sacrificio y abuso del trabajo agrícola en los fundos. En esos lugares, el llamado trabajo apatronado y las obligaciones de éste, creaban una dependencia económica, laboral y habitacional del trabajador con su

patrón, cosa que abría paso a lo que bien podría calificarse como un tipo de esclavitud encubierta:

“Antes no habían regalías. En el fundo uno trabajaba, el día lo trabajaba de sol a sol, no había horarios en esos años pa’ trabajar en los fundos. Salía el sol, entrábamos a trabajar, se entraba el sol, salíamos de la pega. Todo el día. En la mañana nos daban una galleta, a las 12 nos daban porotos, hacían porotos en el fundo, unos fondos grandes, trabajábamos más de doscientas personas; y en la tarde, cuando salíamos del trabajo, nos daban otra galleta. Y el sueldo... nos daban un terreno en un potrero, en los tiempos medios buenos sembrábamos chacras, nos daban los talajes para tener dos animales, el que quería tenía dos vaquitas, tenía caballitos, nos daban talaje pa’ dos animales” (Crescente Severino).

“(...) trabajaba con derecho a tener una casa... podían estar un año, dos años ahí, se cambiaban a otro fundo y les entregaban casa. Como siempre esta parte ha sido de la ruta del vino, les daban un tanto de cuadras para que trabajaran las viñas, y después, al final, les daban un porcentaje por lo que se producía en el fundo; y les daban media cuadra de chacras, y cada uno sembraba su chacra, porotos, papas, de todo. Y tenían para mantenerse durante el invierno... cada uno trabajaba sus tierras” (María Inés Bravo)



“La vista al sur y al norte [desde la iglesia] era impresionante (...) a nuestros pies abotonaban camelias y una palma abrazada por bugandivilia vibraba nuestros ojos (...) y tras la reja de madera blanca con enredadera de la pluma, en el huerto, entre palmeras, brindaban las hileras de naranjos, ebrios de azahar, hasta concluir la temporada” (Valdés, 2008, pág. 33)



Encuentro Social

Nancagua Centro o Urbano, como es de suponer, debe su denominación al emplazamiento de lugares importantes de la comuna, como el municipio, el parque, las primeras casas fundacionales y también parte importante del comercio. En este último rubro, se encuentra parte importante de la historia de la comuna y sus habitantes, tal como la farmacia de la familia de Hilda Román; la venta de repuestos de automóviles de “Tuco” Piña y su trabajo anterior como panadero; el trabajo abnegado del padre de María Teresa Ruz en el antiguo almacén Casa Alvea, entre otros.

La farmacia, otrora botica de Nancagua, fue creada por Samuel Román y se asentó en el lugar por razones muy distintas a las comerciales: simplemente fue por amor, según cuenta Hilda:

Hilda: (...) y él (su papá) vino a poner la farmacia a Placilla, porque no conocía Nancagua, y pa' un 18 de septiembre un amigo lo convidó pa' Nancagua... y resulta que le gustó más Nancagua, así que se vino a poner farmacia aquí. -¿Por qué le gustó Nancagua? Hilda: ¿Por qué?... porque le gustó mi mamá.

La botica estuvo ubicada inicialmente frente a la iglesia y luego se trasladó a la calle principal, llamada Avenida Armando Jaramillo, donde atendió durante el tiempo que Samuel estuvo vivo.

Posteriormente, la familia se dedicó un tiempo más a este negocio, pero ya no era lo mismo, por lo que cierran definitivamente y deciden donar los medicamentos al hospital y a la casa de socorro, conservando

los locales comerciales que son de su propiedad hasta el día de hoy. Por su parte, la panadería de don Timoteo Estandón, que vendía diariamente el pan que los nancagüinos consumían, y que es el lugar donde Gabriel “Tuco” Piña trabajó gran parte de su vida, fue también un lugar destacado, y por consiguiente lo fueron también sus trabajadores. Gabriel fue un personaje importante de la historia social comunal, confeccionaba el pan diario de los

hogares, en jornadas nocturnas que comenzaban a la una de la mañana, se desarrollaba en el sector donde se encuentra el molino actualmente, y terminaban ya de día a las 8 de la mañana. A pesar de que en la época ya existía maquinaria para esas faenas, se trabajaba a la luz de chonchones a carburo. El trabajo más duro, como explicó Gabriel, era el llenado de la revolvedora donde se debían vaciar a pulso sacos de harina. Don “Tuco” relata:

“Ya a la revolvedora había que echarle de un saco no más. ¿Y sabe cuántos sacos hacíamos en la noche? Veinte sacos. No había ninguna panadería que lo hiciera, de este tiempo ya subió a veinte, veinticinco”.

Otro espacio de encuentro importante para el sector, es la Iglesia, donde cada 24 de septiembre, se reúne la comunidad para celebrar la Fiesta de la Señora de la Merced.





“La Hacienda de Cunaco, junto al poblado del mismo nombre, se encuentra entre Santa Cruz y Nancagua. En un llano en los faldeos de Apalta, entre las riberas del Tinguiririca y el estero de Chimbarongo, en la carretera que une San Fernando con Pichilemu” (Valdés, 2008, pág. 18)









Cerro de las
MANDAS
SALIDA

Salida



Puquillay

En la actualidad, el sector de Puquillay está dividido en dos zonas: Puquillay Alto y Puquillay Bajo. Esta separación geográfica se relaciona también al trabajo agrícola que, como se ha visto, es un elemento en común en la vida de los habitantes; pero también al lugar donde está la virgen y a la historia de la escuela.

El monumento de la Santísima Virgen de Puquillay es un lugar ceremonial importante, no solo para este sector, sino que para todo Nancagua. Con su imponente estatura, construida en fierro bronceado en el año 1906 en Francia, para quedar asentada

“en las cimas de Puquillay, cuatro kilómetros al Sur de Nancagua, sobre un hermoso pedestal de piedra canteada, de 6,5 metros de

altura, con una pequeña capillita, se alza majestuosamente la imagen de la Virgen Inmaculada, mirando dulcemente los valles de Nancagua “ (Iturriaga & Pérez, 1956, pág. 28).

Sin duda, el cómo fue posible instalar semejante estatua en la cima del cerro, ha sido fuente inspiradora de las más diversas leyendas que los habitantes del sector han transmitido a través de las generaciones. La versión más difundida y reconocida por la comunidad es que, a su llegada, los mismos feligreses abrieron camino y ayudaron en su traslado.

Cada 8 de diciembre, día en que los católicos celebran a la llamada Asunción de la Virgen, asisten fieles de todo Chile a pagar mandas y, como en otras festividades de este tipo a lo largo de Chile, abren



espacio a un vasto comercio en torno a la festividad, siendo una esperada fuente laboral y, al mismo tiempo, dando en valor al sector durante ese lapso.

Por otra parte, Puquillay se caracterizó en sus inicios por poseer muy poca población, y sólo vivían algunas familias que producían en sus propios predios e inquilinos que trabajaban para grandes fundos. Fresia Rencoret, oriunda de Puquillay Alto, comparte sus recuerdos respecto de cómo era el sector cuando llegó a vivir allí junto a sus padres y hermanos:

"Las familias que había aquí eran las familias antiguas de acá, eran los Prieto, los Abasme. Esas son familias muy antiguas, junto con los Rencoret y los Bozo. Esos eran las familias antiguas, las otras fueron llegando después, comprando".

En esos tiempos se vivía un clima de solidaridad y de cuidado mutuos, es por esto que tenía tanto sentido el rol que cumplía Fresia como una especie de médica comunitaria, ya que sus conocimientos de enfermera eran algo que debía compartir.

Al igual que en Nancagua urbano, los paisajes naturales, las grandes extensiones de terreno y el vínculo con la naturaleza permitía que la infancia se desarrollara de una manera particular. En los recuerdos de Fresia asoma la añoranza por este pasado:



“jugábamos a la escondida, a las bolitas, porque yo jugaba a las bolitas, mi mamá no sabía, sí, escondida (ríe). Por eso que era mucho mejor antes que ahora”.

El deporte es otra actividad que une a la comunidad, más especialmente, el fútbol, en cuyos partidos todo el barrio se congrega para alentar al Club Deportivo Libertad. Asimismo, la escuela del sector es también positivamente valorada (a pesar de su baja matrícula actual), donde se releva la calidad de sus profesores, las posibilidades que ha brindado a los estudiantes de asistir a la universidad, y la infraestructura que es usada por la comunidad para diversas festividades y encuentros. Este cariño por la escuela se expresa también en el cariño diario que recibe Ema Soto, histórica cocinera del centro educativo.

Ema, a pesar de lo esforzado de su labor, cuenta con cariño que tuvo momentos de esparcimiento, principalmente donde la Señora “Fina”, quien tenía una quinta donde se celebraban bailes todos los domingos. Siendo ya mayor, con menos carga laboral y del hogar, llevaba a sus hijas y sus amigas a pasear al centro “tomar una bebida” y volver a dejar a las niñas a sus casas.



*Misa en casa de la familia Rencoret,
no había capilla*





Yáquil

El sector de Yáquil se encuentra en el límite entre Nancagua y Placilla, en el límite del sector de Lo Moscoso, donde nos encontramos con Blanca Catalán, madre y dirigente de organizaciones de adultos mayores.

El lugar ha crecido poco a poco, sobre todo en lo que se refiere a avances en infraestructuras, mejoramientos de caminos y la consolidación de asentamientos de mayor tamaño. Antiguamente, había casas en grandes extensiones de terreno, mientras que en la actualidad es posible observar pasajes, copas de agua y viviendas contiguas.

Blanca comparte así sus recuerdos:

“Acá no había nada po’, nada. Nosotros con mi viejo, cuando nos

casamos y llegamos acá, no había luz. El camino por donde ustedes entraron no era pavimento, nada. Y gracias a mi viejo, que fue presidente de la junta de vecinos, logramos esa pavimentación, se logró sacar las luminarias, y muchas cosas. Y durante esos años, cuando Luis estuvo, se logró la garita. Después, mi viejo no fue presidente, lo reemplacé yo cuatro años. Ahí yo logré sacar las luminarias, como le dije, para ese sector, once luminarias, y que la luz fuera por la calle, no por los potreros”.

Yáquil es una comunidad muy participativa, que ha logrado el desarrollo de sus espacios gracias a la unión de las voluntades de sus habitantes. Dicha historia supera el aislamiento que, supuestamente, podrían haber sufrido por lo distante que se encuentran del centro. Lejos de ser algo negativo,



Familia de Blanca Catalán.
Cerro La Puntilla de Yáquil. 1984.

esta característica se transformó en una marca identitaria del lugar.

“Cuando queríamos lograr algo, nos reuníamos todos los vecinos y hacíamos fiesta, hacíamos domaduras. Para lograr las luminarias para ese sector hicimos unas domaduras acá adentro; todos los vecinos ayudando, llevando varas para cerrar, para que los animalitos no se arrancaran... todo. Fue muy, muy bueno, porque tuvimos apoyo siempre, siempre de la gente. Porque queríamos que nuestro sector saliera adelante: tener la luz, el pavimento, una garita, el camión recolector de basura, que no lo teníamos, yo logré que pasara”.

En 2003, se conformó en el sector de Yáquil uno de los clubes de adultos mayores más conocidos, llamado Bienestar La Gloria, cuyos participantes trabajan por cumplir sus objetivos de viajes y clases que realizan durante el año de manera mancomunada.

“Acá, nosotros como tercera edad, hicimos por muchos años la fiesta costumbrista; fui una de las primeras en la comuna que realizó estas actividades de muestras costumbristas. Allá donde estaba la copa, donde le dije yo, era un área verde muy linda que nos prestaba el presidente del Comité de Agua Fue muy bonita, la hicimos muchos años,



Esposo de Blanca Catalán en criadero de chanchos de Yáquil.

muchos años. Toda la gente se ponía con almuerzos, con repostería, con sus vinitos, vinito a la manera que lo hacen, vino añejo, pajaretos que vendían, todas esas cosas”.

Lo que se desprende del relato de Blanca Catalán es que la unión descrita ha permitido que la comunidad pueda hacer frente a catástrofes, por ejemplo, el aluvión del 86’, cuando se desborda el río y *“mucha gente perdió todas sus cositas, sus camitas mojadas, todos”*. Por su cercanía con el río, el sector de Yáquil fue uno de los primeros afectados.

“Yo empecé a echar en una bolsa de nailon todas las cosas de las niñitas. En ese tiempo yo hacía tortillas, eché una tortilla, unos paquetes de tallarines, todo. Y

ya, nos fuimos con las niñitas pa' afuera. A mi hija más chica, era tan grande la correntada que yo la llevaba de la mano y la Pamela se hacía así con el agua [muestra cómo tenía que hacer fuerza con los brazos para que no se la llevara el agua] (...) y llegamos a la casa de la señora Berta y ahí estaban los bomberos, nos llevaron a Nancagua y fuimos al colegio Consolidado, estuvimos tres días albergados”.

En este mismo ámbito, existen investigaciones que dejan evidencia de la forma en que los terremotos que sacuden al país se manifiestan en los sectores:

“Lo primero que se nos ocurrió cuando ya empezó a aclarar, juntarnos, juntarnos los vecinos de más cerca. Y, bueno, qué hacemos. Bueno lo primero que hay que hacer es moverse entre nosotros, para qué vamos a esperar ayuda de afuera, cuando de afuera van a venir a mirar lo que pasó nomás. . Juntémonos nosotros y nos organicémonos y veamos qué podemos hacer. Y empezamos a llamar, a avisarle a la gente y llamar por teléfono a la gente de los extremos” (López, Holloway, & Olguín, 2013, pág. 36).

El sector de Yáquil, otrora aldea minera, hoy continúa unido, asentado sobre valores compartidos, tales como el respeto de sus espacios y a los problemas de contaminación. Es un sector en que, además de conocerse prácticamente todos sus habitantes, han salido adelante de forma conjunta y tomando decisiones participativas.



*“mucha gente
perdió todas sus
cositas, sus camitas
mojadas, todos”.*

Callejones

El sector de Callejones se encuentra aledaño al Río Tinguirirca, y al igual que otros lugares de la comuna, sus inicios se vinculan a los fundos y el trabajo agrícola, particularmente de la Hacienda Nancagua. Don Crescente Severino fue uno de los primeros habitantes del sector de Callejones, tiempo en el que se desempeñó como guardián del canal del sector.

“El año 60, por lo menos, estos eran puros caminos de tierra cuando me vine a vivir aquí, yo me vine a vivir el año 58, a vivir a esta casa (...) eran zarzales, puros zarzales grandes... el primero que me vine a vivir aquí fui yo”.

Reforma Agraria y la consecuente parcelación de los grandes predios agrícolas, potenció la llegada de nuevos habitantes al sector, lo que propició también la llegada de la

electricidad, el agua potable y, posteriormente, la pavimentación de los caminos.

Sin duda, y a pesar de que en su mayoría se trata de historias de esfuerzo y en muchas ocasiones no exentas de sufrimiento, las y los entrevistados tienen una mirada amable y sus referencias son nostálgicas respecto de aquello que tuvieron y las actividades que realizaban en el pasado. Por ejemplo, un hito destacado en la historia social construida en base a la producción artesanal de chicha, o bien la celebración de fechas importantes para la comunidad. Al respecto Don Crescente nos cuenta:

“Había mucha chicha, cada uno hacía en la casa, en el tiempo que se hacía chicha. Otra cosa que habían, higueras... el año nuevo era la



Castillo ladrillos,
Callejones de Nancagua

primera tomada de higuera que hacía la gente, los que tenían higueras grandes, y bailaban, bailaban cueca debajo de las higueras, tocando guitarras, tocando acordeones”.

Todo tenía un tiempo de espera y en este caso se trataba de la fermentación de la uva. No era sino hasta fines de marzo que la chicha fabricada en las casas de los lugareños ya estaba madura para armar una “zaranda” o especie de colador hecho por colihues donde se friega la uva. El líquido es recibido en un receptáculo puesto abajo, para luego ser embotellado *“sus ocho días pa’ que fermente, porque si se toma al tiro hace mal”*, explica Crescente.

Cada familia en cuya casa hubiera parrón, preparaba su brebaje. Éstos tenían diferentes sabores según

la cantidad de tiempo a la que era expuesta la fruta en la mata, la forma en que se extraía el jugo y la cantidad de días que fermentaban. La chicha era compartida entre vecinos y también comercializada por las familias, tradición hoy perdida en el sector y es muy difícil encontrar chicha que siga el proceso artesanal.

En la actualidad, el lugar es visitado año a año por personas que llegan a bañarse y compartir en la orilla del río, disfrutando de la sombra de los añosos árboles que rodean el curso de agua.

Clubes Deportivos

Como se ha evidenciado, el rico tejido social de Nancagua se sustenta en tradiciones y en espacios de sociabilidad que fomentan y fortalecen el sentido de pertenencia del habitante con su sector. En este sentido, uno de los temas más nombrados y al que más importancia le han dado los entrevistados es el fútbol de barrio.

Los dos clubes deportivos principales de la ciudad, rivales hasta el día de hoy, son el Magallanes y el Antártida. A principios del siglo XX existía en la ciudad el Tricolor FC, que era el antecesor al club Nancagua, que más tarde pasa a tener el nombre de Magallanes, fundado en 1918 (Iturriaga & Pérez, 1956).

Uno de los exponentes vivos de esa historia es Gabriel “Tucu” Piña,

quien siempre ha sido del equipo y cuya familia está también vinculada a este club. La conformación del equipo, según lo que recuerda, tiene relación con una anécdota ligada a las antiguas haciendas.

“Los jutores dijeron, los patrones, que iba a jugar el pueblo contra la hacienda, y el que ganaba, ese le ponía el nombre que quería [al equipo]. Y así fue... Y ganamos todos los del Magallanes. Y en aquel tiempo, pa’ ponerle nombre Magallanes, estaba en discusión el Estrecho de Magallanes, ya, entonces pongámosle Magallanes, y quedó con el nombre Magallanes hasta hoy día”.

Por su parte, Hilda Román, también comparte recuerdos del club ya que su padre era hinchas y también fue presidente del club:



Club Deportivo Antártida

“

“Mi padre tenía auto, pero compró un camión para llevar a los jugadores de aquí a otra parte. Los llevaba a jugar a Chépica, qué se yo, y yo iba también con él, con mi papá, de pura picúa no más”.

Según el saber popular, el nombre del Club Deportivo Antártida tiene relación con el uso de camisetas negras con blanco, hecho que según los lugareños hacía a los jugadores parecer pingüinos, y como el club rival hacía referencia al sur austral de Chile, decidieron ese nombre. El Club Deportivo Antártida se funda en 1927 por la familia Pérez del sector del Cardal (quienes ya tenían otro club más pequeño), momento desde el cual ha funcionado de manera ininterrumpida.



Club deportivo Magallanes. primero de izq a derecha, arriba, Don Gabriel Piña (Don Tuco) el Club se fundó el 1918

En el Antártida, cada mes de enero se celebra el aniversario con una semana de actividades. La “Semana Pingüina” es una celebración que incluye carros alegóricos, una misa en conmemoración de los socios fallecidos, y solo el último día se juega fútbol. Todo culmina con un baile en que todos los socios y socias comparten.

En los otros sectores de Nancagua revisados en este libro, también hay clubes deportivos icónicos que, además de reunir a la comunidad, dan vida a los lugares, revitalizando el uso de canchas, recintos escolares y otras infraestructuras. En Callejones está el club Los Chalacos, y en Puquillay recuerdan los clubes Libertad y El Cardal.



Club Deportivo Magallanes

Bibliografía

Iturriaga, D., & Pérez, S. (1956). Pincelada Nancagüina. Santiago.

López, G., Holloway, N., & Olguín, M. (2013). Terremoto y maremoto en el Chile de 2010: Memoria, trabajo comunitario y participación. Santiago: Educación y Comunicación; Universidad de Concepción.

Valdés, M. (2008). Reencantar el tiempo. Nancagua: Maye Limitada.

Villagra, R. (1991). Historia regional de Nancagua en alguno de sus aspectos: "Desde sus inicios hasta 1981". Chillán: Universidad del Bío-Bío.



Ilustre Municipalidad de
NANCAGUA



Ministerio de
las Culturas,
las Artes y el
Patrimonio

Gobierno de Chile